

SUMARIO

El Dr. Benigno Malo	<i>Remigio Crespo Toral.</i>
Arbitraje	<i>Alfonso M. Borrero.</i>
El Blasón de la Universidad	<i>La Redacción</i>
De los intérpretes	<i>Adolfo A. Torres.</i>
Notas Médicas	<i>S. y N.</i>
Apuntes	<i>Ererrele.</i>

BOLETIN UNIVERSITARIO

Valioso obsequio.

Cuadros de la conducta, aprovechamiento y faltas de los alumnos.

EL DR. BENIGNO MALO

I

En Abril de 1870, era yo niño aún, cuando primero una inquietud intensa y luego un estupor general se notaron en Cuenca, como pasión ó enfermedad colectiva. La inquietud se produjo por la dolencia que aquejaba al DR. BENIGNO MALO; el estupor lo ocasionó la muerte de aquel ciudadano, cuya vida era, en el Azuay, algo más que privada: una vida de carácter social, vida superior á la de los demás; vida en que se concentraba mucho de la del pueblo, en que aquel hombre eminente tenía la representación más elevada.

Era la época en que García Moreno gobernaba con la presión é imperio propios de su superioridad; y las rudas y constantes conmociones inclinaban hacia la proscripción y el terror el ejercicio del poder público.

El DR. MALO, que había padecido antes largos destierros, y que en 1860 fué, en su calidad de representante del Ecuador en Lima, desautorizado por el nuevo Gobierno, lo que le trajo sinsabores de todo género; enfermo y envejecido por intensas labores del espíritu y del cuerpo; tuvo aviso de que un empleado de aquí (después muy liberal) le había denunciado como conspirador ante el Presidente de la

República. Se dijo entonces, y se confirmó después, que aquel incidente agravó la enfermedad del DR. MALO, hombre tranquilo, hecho especialmente para las tareas de la paz, ajeno á la lucha, de escasa resistencia en las duras pruebas de nuestra democracia y justamente temeroso de los azares de una proscripción cuyo pan escaso y amargo lo conocía ya. Alarmóse la sociedad ante el peligro de su muerte; todos acudían á cerciorarse de su estado y á dejar constancia respetuosa de su pena.

Al fin, se anunció lo irreparable del desastre. El DR. MALO, que supo vivir con la integridad de un varón constante y la austera limpieza de las costumbres domésticas, enseñó á los suyos y á su pueblo á morir. Llamó á algunos de quienes le había separado la pasión política, les abrazó en el lecho del dolor y “les ofreció un recuerdo en las moradas eternas.” (1) Recibió la bendición de su madre; congregó á su esposa y á sus hijos; les recomendó elocuentemente, con la solemne elocuencia que se escucha en una y otra ribera de la vida, la sabiduría del temor de Dios, la Religión del honor, la pasión por el trabajo y la probidad.... Su palabra, que siempre resonó en pro de las altas cosas y de los nobles ideales del cielo y de la tierra, resonó trémula con el postrer acento de la despedida; y se extinguió con la oración en los labios, llorado por los suyos y llorado por todo un pueblo.

Conmoviéronse todas las clases sociales; la gente religiosa, para honrar al cristiano viejo y al creyente de obras vivas de abnegación y de austera virtud; los políticos, porque vieron desaparecer al magistrado cabal, al patriota sincero, al hombre previsto para restablecer la moderación civil y el gobierno republicano en nuestro turbulento país; los obreros é industriales, que quedaron sin la cabeza que supo dignificar el trabajo, abrir en la roca de estas cerradas cordilleras la fuente de nuevas industrias; y

(1) *Oración fúnebre* del Dr. Benigno Malo pronunciada por el canónigo Dr. J. A. Piedra.

que, con el ejemplo y la acción, enseñó la ciencia siempre difícil de la honrada utilidad.

El entierro del DR. MALO fué un acontecimiento, en esta más que ahora silenciosa ciudad, tan entregada á la vida ordinaria y doméstica. Una inmensa multitud siguió al cortejo mortuario; “todos los habitantes del lugar, sin distinción de clases ni colores políticos, acudieron al templo, sin previa invitación, á honrar al hombre esclarecido.” (1)

Era como el desaparecimiento de un jefe, de un padre de la ciudad, de un anciano consejero del pueblo. “Por primera vez, se levantó la tribuna en el cementerio, para que los vivos se estimulasen con el ejemplo de los muertos, oyendo en discursos adecuados la narración de las virtudes que practicaron y de los méritos con que ilustraron á su patria.” (2)

En el cementerio se escuchó, con emoción cariñosa, la alabanza del DR. MALO, que la hicieron el Sr. Antonio Aguilar con insinuante y cultísima palabra; el Dr. Francisco J. Moscoso con noble y elevada franqueza de publicista; el Dr. Tomás Abad con tierna y elocuente adhesión á la memoria del ilustre prócer. Hablaron también D. Federico Proaño, que muy luego debía ser uno de los primeros proadores ecuatorianos; el Sr. Manuel F. Córdova, á poco religioso distinguidísimo de la Compañía de Jesús; y D. Marcos Alfaro, inteligente y simpático colega del Seminario de Cuenca.

El Sr. Aguilar dijo con persuasiva vehemencia:

“Docto, piadoso y modesto, afable y urbano con todos, fué elevado á los más altos puestos, sin pretenderlos jamás.... Supo conservar siempre intacta la dignidad del escritor entre el choque de las opiniones, el ímpetu de las pasiones exaltadas y el furor de los partidos.... A él se puede aplicar muy bien lo que E. Olivier decía sobre la tumba de Lamartine: “Este personaje es incomparable porque es el “único que ha practicado la política de la generosi-

(1) *A la memoria del Sr. Dr. B. Malo.*—Cuenca, 1870.

(2) *Id.*—*id.*

“dad y de la grandeza de alma; porque es el único que no ha proferido voces de iracundia; porque es el único que ha atravesado sin odio este mundo de rencores.”

El Dr. Francisco J. Moscoso añadió:

“MALO tributó un culto puro á la libertad, no á esa mentida libertad que aplaude los furores de la demagogia y los arrebatos de la anarquía, sino á la verdadera libertad, á la libertad de que hablaba Cicerón: *Libertas est potestas fatiendi id quod jure liceat*.... Fué en los últimos años de su vida tan liberal como al principio de ella, porque él creyó en todo tiempo que uno de los mayores males es la tiranía de los que gobiernan, y que una de las cosas más abominables á los ojos de Dios es el gobernante que oprime y envilece al pueblo. Mas, para honor de Cuenca, para honor de la República, MALO jurisconsulto, publicista, economista, diplomático, escritor público, hombre de Estado, no fué disociador, anarquista ni revolucionario, y menos propagador de perniciosas doctrinas. Fué de la misma escuela de esos ínclitos varones que se llamaron Donoso Cortés, Augusto Nicolás, Félix Frías, José Joaquín Ortiz. Como éstos, MALO era de su siglo, en cuanto estaba al nivel de sus adelantos; pero era también de los primeros siglos de la Iglesia, de esos siglos en que pudo decir Tertuliano: “¿Qué hay, pues, de común entre Atenas y Jerusalén, la Academia y la Iglesia? Nuestro Pórtico es la escuela en que se formó Salomón.”

El Dr. Abad exclamaba en poéticas frases:

“El sol de nuestras glorias ha declinado; y por más que miremos al Oriente, no volverá: sólo sus cenizas, semejantes al astro de la noche, arrojarán pálidas llamas desde las sombras del sepulcro. Este será el lugar á donde vendremos, desde ahora, á pedir inspiraciones á su Sombra....”

El Sr. Fernández Córdova:

“El nombre del DR. MALO queda inscrito en el templo del saber humano, en los altares de la Patria y en los fastos de la Religión y de las costumbres. Su vida fué un libro de páginas inmortales.”

Marcos Alfaro llamó al DR. MALO “el primer hombre de la República”; y Federico Proaño concluyó: “La única inscripción de la losa que cierre su sepulcro sea su nombre; porque tiene éste una significación sagrada; porque los caracteres que lo componen están indeleblemente grabados en el corazón del pueblo; y porque es un nombre que no se extinguirá, mientras los habitantes del Ecuador tengan memoria para recordar, pecho para sentir y lágrimas que derramar.”

Al retirarse conmovida la multitud, dejó la Justicia escrito sobre el mármol de su tumba: *Patriæ decus, sponsæ lætitia, filiorum spes, amicorum delictiæ: fletus omnium concivium in perpetuum sua memoria effundetur.*

(Se continuará)

REMIGIO CRESPO TORAL.
